

Parrillas, llegó á linderos de Michoacan y los indios se alegraron mucho de verlo; tocábanle con las manos cual si se tratara de un ser nunca visto; por señas y por el intérprete se informó de la tierra de Michoacan y de si tenia oro y plata, y habiéndole dado alguna y dos indios que le acompañaran, regresó á la residencia de Cortés, quien hizo tratar á éstos muy bien y dispuso que el ejército evolucionara en su presencia, les dió algunos regalos y les dijo por medio de intérpretes, que los cristianos amparaban á los que se hacian sus amigos y que pronto los iria á ver y á enseñarles cuán errados vivian adorando falsos dioses y sacrificando hombres. Al regresar los enviados tarascos, les acompañaron algunos tlaxcaltecas, y fueron á noticiar al rey de Michoacan todo lo que habian visto y oido.

Determinado el caudillo español á descubrir esa tierra, escogió para ello al alférez Montaña y á otros tres castellanos conocidos por su discrecion y su valor; les dió veinte indios que los acompañaran y un intérprete que poseia los idiomas mexicano, tarasco y otomí, llevaron regalos y les encargó que procuraran hablar al rey, tratarlo con amistad é informarlo de quienes eran el Pontífice y el rey de Castilla, y que le dijeran que los mexicanos habian sido destruidos por no haber querido admitir el bien, lo que pasaria con todos los que los imitasen. A Montaña y á los demás de la comision, les fueron ofrecidas mercedes, si cumplian satisfactoriamente su encargo. Avanzó esta comision por Taximaroa, cuyo gobernador y vecinos salieron á encontrarla; el cacique abrazó á los cristianos y regaló á cada uno un ramillete de flores, les dió algunos informes acerca de la provincia, diciéndoles que era muy grande y fértil y muy poblada de buenos flecheros. Los castellanos admiraron aquella poblacion ceñida por ancha muralla; fueron obsequiados y agasajados dándoles de comer con abundancia. El gobernador de Taximaroa avisó al rey Caltzontzi la entrada de los castellanos, enviando un lienzo de ixtle con pinturas representando cómo iban vestidos y lo que llevaban.

Al acercarse á Tzintzuntzan fueron recibidos por ochocientos señores principales, ricamente vestidos, cada uno de los cuales poseia diez ó doce mil vasallos, de manera que cubrian los campos innumerable multitud de tarascos. Llegados los castellanos á la capital, uno de los señores, que parecia de mas edad, regaló á los españoles ramilletes de rosas y les dijo por medio del intérprete: que el grande y poderoso Señor de quien eran súbditos, les habia mandado que salieran á recibirlos, dieran la bienvenida y les dijeran que ya habia dirigido mensajeros particulares á cumplimentarlos, desde que llegaron á Taximaroa. Añadió que en Tzintzuntzan serian servidos como en su propia ciudad, que podian descansar y que les proporcionarian las noticias que deseara el capitán de los castellanos, cuya amistad querian, así como darse por vasallos del Señor de los cristianos, emperador y rey de Castilla. Los castellanos respondieron con demostraciones de urbanidad, y fueron conducidos con ceremonias á unos grandes aposentos, construidos de una manera especial; sirviéronles la mesa con variedad de manjares sazonados al estilo indígena y fué amenizada la comida con la música que se acostumbraba en tales actos. Antes de comenzar la comida, segun refirió el comisionado Montaña, salió el rey á verlos, les

hizo la señal de paz y sin consentir que llegasen á él, les dijo que descansaran y que volvería á hablarles despacio, lo que cumplió presentándose con toda la pompa acostumbrada.

—¿Quiénes sois?—les dijo—¿de dónde venís? ¿qué buscáis al venir de tan lejos? ¿en vuestra tierra no tenéis qué comer ni beber? ¿qué os hicieron los mexicanos para que vinieseis á destruirlos y á arrasar su gran ciudad? ¿pensáis acaso hacer lo mismo conmigo? Mirad que yo no lo consentiré.» Compadeció á los mexicanos, aunque habian sido sus enemigos, y advirtió á los castellanos no olvidaran que nunca fueron vencidas las armas de Michoacan.

Montaño le protestó los mas amistosos sentimientos y dijo: que pondrian en conocimiento de Cortés el valor y la grandeza de ánimo del Caltzontzi. A las preguntas contestó: que eran cristianos, enviados por un emperador poderosísimo, no porque les faltara en su tierra lo necesario para la vida, sino porque querian dar de lo que tenian y recibir, por vía de contrato, lo que no poseian, segun aquí mismo se usaba, pues que tal comunicacion hace florecientes á los imperios; añadió Montaño, que venian á desengañarlos del error en que vivian al adorar falsos dioses y quebrantar en muchos actos la ley natural, y que esperaba ver que pronto darian preferencia, sin dificultad, al culto del verdadero Dios; hizo notar que destruyeron á los mexicanos, porque muchas veces faltando éstos á la amistad quisieron matar á los españoles, y tambien para castigar la tiranía que ejercian contra las naciones que no eran amigas suyas.

Gran número de gente armada secretamente, guardaba á los castellanos en los patios del palacio, de donde no podian salir sin ser sentidos, se paseaban en los aposentos ó quedaban largo rato sentados, no pudiendo pasar de determinado espacio. En seguida dispuso el rey ruidosas fiestas en las que fueron sacrificados muchos hombres, mugeres y niños, los ídólatras quemaron incienso y pusieron fogatas en las torres de los templos, hicieron grande bulla con los instrumentos músicos y bailes de noche y dia, entonando tristes canciones; duraron las fiestas diez y ocho dias, tiempo suficiente para preparar el sacrificio de los castellanos.

Se habria llevado á efecto este acto, si uno de los consejeros del rey no le hubiera dicho que era indigno de un gran monarca, matar á los que iban á visitarle, sin conocer ántes si la intencion de los mensajeros era buena ó depravada; le hizo notar que el Dios de los castellanos debia ser omnipotente, puesto que los dioses mexicanos no habian podido defender la ciudad, que aquellos cristianos debian ser hijos del sol, á quienes convenia tener por amigos y no por enemigos, pues muchos males podrian ocasionar.

Impresionado el ánimo del rey con esas consideraciones, mandó suspender las fiestas y sacrificios, envió cuatro caciques al alojamiento de los castellanos para que le informaran del verdadero objeto de tan extraños mensajeros; del informe que dieron, así como del rendido por los mexicanos, resultó el espanto del rey y de la corte, fueron visitados los castellanos, siguiendo á los caciques veinte mil hombres

armados con flechas y llevando las cabezas cubiertas con guirnaldas. Penetró el rey al alojamiento, mostrando un arco en la mano con esmeraldas engastadas y en las espaldas una aljaba de oro cubierta con pedrería que deslumbraba al ser herida por los rayos del sol; por detrás y á los lados le rodeaban los caballeros de mas suposicion. Los castellanos que se habian preparado ya, al grado de tener de la soga un perro muy bravo, cebado con indios, para soltarlo si eran acometidos, se adelantaron á recibir al rey hasta la raya á que les era permitido llegar, le hicieron acatamiento y en seguida les fué mostrada una multitud de venados, conejos, liebres, codornices y aves de muchas clases, que causaron grande admiracion entre los españoles. Pidióles el rey perdon por no haberlos visitado ántes y les dijo que no les permitiria penetrar al país, porque podrian ser heridos ó matados y queria enviarlos sanos y salvos á su capitan; les encargó que expresaran á éste sus deseos de visitarle y obsequiarle y ser vasallo del rey de Castilla que tan poderoso aparecia, al enviar tal capitan y hombres tales que mas parecian ser dioses, pues que en tan poco tiempo habian sujetado al imperio mexicano; dióles regalos para Cortés y dispuso que una comision de los principales señores le ofreciera sus respetos. Les entregó tambien varias cajas de ropa fina y de la mas estimada entre ellos, asientos de madera labrados con mucho esmero, calzados de cuero de venado, blanco, amarillo y colorado, muchas piezas de plata y oro de baja ley que avaluaron los castellanos en treinta y cinco mil pesos, además de cincuenta marcos de plata y oro; una parte de los regalos estaba dedicada á Cortés y lo demás á los mensajeros. Unió ocho embajadores michoacanos á la comitiva y los despidió, recordándoles que era su amigo y vasallo del rey de Castilla, y que él queria ir personalmente á saludar al capitan de los castellanos. Ochocientos cargadores ó *tamemes*, acompañaron á los mensajeros y llevaron los víveres á cuestas.

Cuando los castellanos se preparaban á partir, solicitó el rey que le regalaran el lebrél que llevaban, ofreciendo dar por él todo el oro y la plata que le pidieran; el lebrél era tan corpulento, bravo y diestro, que vacilaron en cederlo, pero no queriendo dar motivo á un disgusto que podria costarles muy caro, lo entregaron diciendo: que aunque era un animal muy apreciado, querian que el rey conservara alguna prenda de ellos para que los recordara; el lebrél fué sacrificado dos dias despues con grandes ceremonias para aplacar á los dioses, concurriendo mucha gente para ver cómo moria un animal tan bravo y que tantos indios habia matado, sacáronle el corazon, lo pasaron por delante del rostro de los ídolos y despues siguió el mitote ó bulla, segun costumbre.

Cortés recibió en Coyoacan benévolamente á los embajadores, como puede verse en el segundo tomo de esta obra, página 413. En seguida envió el rey Sinsicha ó Caltzontzi á su hermano para visitar á Cortés, con más de mil personas del servicio, llevándole mucha ropa de pluma y algodón, oro y plata mezclada con cobre y joyas de diferentes formas; Cortés recibió á Vitzichiltzi con grandes caricias y marcadas muestras de amistad, lo que en extremo alegró á este mensajero. Despues pasó á Coyoacan el mismo Sinsicha, tanto para ver la admirable obra de la

destrucción del imperio azteca, como para procurar la consolidación y el aumento de sus Estados, con la protección tan eficaz de los castellanos. El encuentro entre el rey y Cortés fué de lo más afectuoso, habiendo salido á recibirlo el campeón español, á cuyas órdenes se puso el monarca tarasco, quien al volver á su corte manifestábase muy prendado de los españoles.

Algunos meses después, fué enviado á Tzintzuntzan Cristóbal de Olid con cuarenta caballos y cien infantes, lo recibieron bien los tarascos y continuó su marcha para Colima, buscando un camino para llegar al mar del Sur.

El rey tarasco Caltzontzi, al saber que habían llegado los doce primeros franciscanos, el recibimiento tan solemne que en México se les había hecho, lo respetable de sus personas y cómo doctrinaban las provincias más cercanas á la capital, determinó pasar otra vez á México y traer consigo algunos religiosos para que introdujeran la fé en su reino; él fué el primero de la provincia de Michoacan que recibió las aguas del bautismo, llamándole Francisco; regresó acompañado de fray Martín de Jesús á fines de 1525 ó principios del siguiente año.

El estado político que guardaba México cuando se presentó en esta vez el rey de Michoacan, retardó la marcha de los franciscanos hácia aquella provincia. Escogido el sitio en Tzintzuntzan para fundar el convento, levantaron celdas cubiertas con paja; acabado el templo celebró allí fray Martín su primera misa, adornándolo con flores y usando para el culto religioso la música que ántes había servido para festejar á los ídolos; establecieron cruces de madera por todas partes y trataron de suavizar y mitigar los ánimos endurecidos de aquellos indígenas que al principio quisieron amotinarse, ántes que recibir la nueva fé.

Atrocidades de Nuño de Guzman entre los tarascos.

Deseoso este presidente de la primera Audiencia, de realizar empresas, persuadió á sus colegas en el gobierno, de que podría penetrar en el territorio quinientas leguas y sacar grande provecho en beneficio del rey. Acordada la expedición, cuyos preparativos fueron ruidosísimos, salió de México á fines de 1529 y pasando por Jilotepec acercóse á Michoacan, cruzó el río por el vado de Conguripo, con trescientos españoles á pié y doscientos á caballo, diez mil indígenas mexicanos y de otras naciones, con multitud de *tamemes*.

Entró á Michoacan donde calculaba encontrar grandes recursos para la conquista de Xalisco. En efecto los obtuvo, pues queriendo captarse su amistad, le envió el rey Caltzontzi diez mil marcos de plata, mucho oro de baja ley y seis mil indios para carga y servicio del ejército. En cuanto al número de éstos varían las opiniones, así como en el valor del subsidio que el rey de Michoacan remitió á Nuño; algunos escritores afirman que este presidente envió á Pátzcuaro y á Tzintzuntzan al capitán Peralmindez Chirinos, veedor y factor del ejército, con

torres; la cúpula es chica proporcionalmente, pero de forma bonita y está colocada en el centro del templo; las ventanas, bien distribuidas, iluminan con luz suave y apacible.

Entre los cuadros, deben citarse dos grandes colocados sobre las puertas laterales, representando la conversión de San Pablo y el martirio de San Pedro; los evangelistas que adornan las pechinas, son copias de los frescos que existen bajo la cúpula de la Basílica de San Pedro de Roma, hechas por el Sr. Salvador Solórzano y regaladas en 1873.

Cuando se creyó conveniente mudar á Valladolid la catedral, intentó el cambio el Obispo D. Antonio Morales; pero no se llevó á efecto hasta el año de 1580, en virtud del decreto expedido por el Obispo D. fray Juan de Medina Rincon. Establecida en Valladolid la capital del obispado, se comenzó á construir hasta 1640 la actual iglesia. En la portada se lee la siguiente inscripción: 1744. Hubo una segunda dedicación solemne con fiestas públicas, en Mayo de 1745. Los sesenta y cuatro años trascurridos desde el principio de la reedificación hasta que se concluyó, comprendieron el gobierno de catorce vireyes y once obispos de la misma diócesis.

El ciprés y los altares fueron renovados desde 1843, haciéndoles cambios de importancia, cuyo costo ascendió á veinticinco mil pesos. Hace pocos años sufrió una reforma general, principalmente la pintura de blanco y oro, y fué consagrado solemnemente el templo el 19 de Octubre de 1880.

La iglesia de Michoacan fué primero sufragánea de la de Sevilla, hasta el año de 1547, en que quedó erigida en Metrópoli la de México. Tuvo el Obispado una institución regular y propia, que consistió en los hospitales de cada una de las parroquias antiguas de la diócesis, en cuyos establecimientos encontraban los indios pronta curación y enseñanza, conforme á los deseos del Sr. Quiroga.

El Obispado, erigido el año de 1536, por bula del Sumo Pontífice Paulo III, fué por su antigüedad el cuarto. Desde 1534 una real cédula mandó dividir el territorio conquistado en cuatro provincias ú obispados, división ejecutada al siguiente año por la Audiencia de México, que señaló á Michoacan el segundo lugar, dándole tan grande extensión, que después se formaron de él otros tres obispados: el de San Luis Potosí, el de Leon y el de Zamora, los cuales, con el de Querétaro, fueron asignados á la Metrópoli de Michoacan, elevada al rango de Arzobispado por bula que expidió el Pontífice Pio IX en Marzo de 1863.

Su primer titular fué San Francisco de Asís y cuando por bula del Pontífice Julio III se consagró la iglesia al «Salvador del Mundo,» quedó establecida por fiesta titular la de la Trasfiguración del Señor, dando motivo á este cambio, la traslación que se hizo de la catedral de Tzintzuntzan á Pátzcuaro, de cuya parroquia era titular el Salvador.

El palacio arzobispal que comenzó á reedificar, en 1853, el Illmo. Sr. Clemente de Jesús Munguía, bajo un plan grandioso, no se concluyó por haberlo impedido las leyes de Reforma en 1859. Había edificado una parte el Sr. Obispo D.

Juan Ortega y Montañez y lo concluyó el Sr. Calatayud, durante su gobierno de 1729 á 1737. Un departamento anexo que servia para cárcel eclesiástica, fué construido por el Sr. Obispo Elizacochea, á mediados del siglo pasado, allí estuvo preso el caudillo D. Mariano Matamoros. En ese edificio estuvo alojado el sábio baron de Humboldt, cuando visitó á Valladolid en 1803. ¹

Los franciscanos en Michoacan.—El convento de San Francisco en Morelia.

Concluida la conquista de México, el año de 1521, procuró Cortés, desde luego, que vinieran algunos religiosos franciscanos, y en efecto, aunque sin autoridad apostólica y solamente con la real, llegaron los tres flamencos Juan de Tecto, Juan de Ayora y el lego Pedro de Gante. Despues arribó la mision dirigida por fray Martin de Valencia, conforme á la bula del Pontífice Adriano VI y la real autoridad de Carlos V.

He dicho que el rey de Michoacan, Sinsicha, pasó á México para solicitar personalmente, que los franciscanos fueran á su provincia y se dirigió á fray Martin de Valencia, quien accedió á su solicitud y fueron enviados bajo la direccion de fray Martin de Jesus ó de la Coruña, los cinco religiosos fray Angel de Saliceto ó Saucedo, fray Gerónimo, fray Juan Badio ó Badillo, fray Miguel de Bolonia y fray Juan Padilla; algunos escritores niegan que hubieran ido éstos reunidos; pero todos admiten que pasó á Michoacan fray Martin de Jesus, acompañando al rey Francisco Caltzontzi hasta la ciudad de Tzintzuntzan, donde fué fundado el primer convento de la Provincia con el título de Santa Ana.

Constituida en Provincia la titulada del Santo Evangelio de México, se erigió la de Michoacan en Custodia el año de 1536 y despues tambien se elevó al rango de Provincia el año de 1565; en su primer capítulo nombró provincial á fray Angel de Valencia, llevando la Provincia el nombre de San Pedro y San Pablo de Michoacan.

Fueron abatidos los ídolos y colocada en cambio, en los altares, la imágen cristiana de la divinidad. El célebre franciscano fray Juan de San Miguel, recorrió los montes, penetró á las grutas y sacó de allí á los tarascos tan incultos é ignorantes, logrando que entre los vencidos muchos se bautizaran, fundó pueblos y ciudades, con calles rectas y amplias plazas; escogia los sitios que tuvieran las nece-

(1). En la página 392, línea 34 se dice: que en Morelia está la fuente bautismal de Hidalgo; léase: de Iturbide.

sarias condiciones para el bienestar de la sociedad; dió leyes de policia é hizo instruir á todos en los diversos oficios; ordenó que entre los niños que se reunian para aprender la doctrina, fuesen escogidos los que tuvieran mejor voz para cantores y los de mejor oido para estudiar el órgano. Lo mas difícil fué, así como por otras partes, reducir á los tarascos á tener una sola muger.

Este franciscano fundó el pueblo de Uruapam. Los hospitales sirvieron mucho en la epidemia ocurrida el año de 1577, lo mismo que en las demás que asolaron á la Nueva-España. Tambien fué notable por sus trabajos fray Jacobo Daciano, fundador de la iglesia y convento de Zacapu y el primero que administró el sacramento de la Eucaristía en la iglesia de Michoacan; murió en el convento de Tarecuato.

Distinguíronse los religiosos fray Pedro de Garrovillas y fray Antonio Betea, el uno recorrió la malsana costa de Zacatula, combatiendo la idolatría: el otro fué gran predicador en el idioma tarasco. Fray Maturino Gilberti, escribió muchos libros que fueron la luz de la provincia, y era infatigable en cumplir sus deberes fray Pedro Reyna. Distinguíronse tambien entre los religiosos franciscanos, fray Pedro Pila, fray Diego Muñoz y fray Miguel López. Enumeró la provincia de San Pedro y San Pablo, entre sus hombres notables, á fray Alonso La Rea concienzudo escritor, á fray Joaquin Granados, autor de las Tardes Americanas á fray Antonio Blancarte, teólogo distinguido y al insigne fray Manuel de Navarrete, que murió en Tlalpujahuá el año de 1809. Tambien tuvo notables misioneros la provincia de Xalisco, que dependió de la de Michoacan.

Los franciscanos de Michoacan contaron notables escritores y profundos conocedores de los idiomas indígenas, en los que escribieron gramáticas, catecismos y sermonarios, para facilitar á los que fuesen llegando, la manera de vencer los obstáculos que los primeros habian encontrado y no quedó idioma indígena que los franciscanos dejaran sin metodizar y aclarar. En el tarasco, tan dulce, elegante y rico, fué fray Maturino Gilberti el primero que escribió, reduciéndolo á reglas é hizo de tal idioma grandes alabanzas; compuso el Arte y Vocabulario, que sirvieron para la enseñanza de todos los ministros de Michoacan y para los recién convertidos; tambien redactó un libro que trata de la doctrina cristiana y se considera á ese escritor el Ciceron de la lengua tarasca. Compitió con él el venerable fray Juan de Ayora, escritor en idioma mexicano usado en algunos curatos de Michoacan, é imprimió un tratado que tituló: del Santísimo Sacramento. El Padre fray Juan Bautista, que, como el anterior, fué provincial de franciscanos, formó un Arte de la lengua tarasca, por el estilo del que para aprender latin escribió D. Antonio de Nebrija; allí probó que el tarasco tiene grande extension, frases y giros muy elegantes.

En el idioma propio enseñaban á los indígenas la doctrina cristiana y los misterios de la Fé, presidiendo la reunion los misioneros que se persignaban en voz alta y cantaban á mañana y tarde la doctrina, alternando en el canto con la multitud. Para el sacramento del bautismo enramaban la fuente bautismal y lleva-